

L E T R A . Y E S P I R I T U

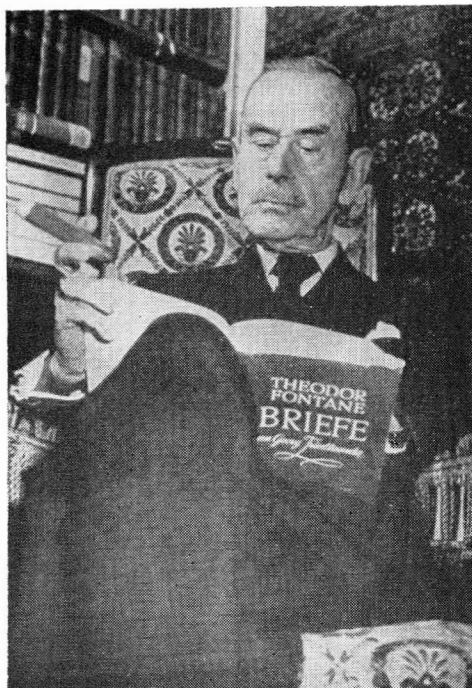
MINIMO HOMENAJE

Por Tomás SEGOVIA

LA muerte, el año pasado, de Thomas Mann, fué de esas que dejan una aguda sensación de abandono, como cuando en una sala de teatro descubrimos de pronto que todos se han ido ya. Porque sentimos que el lugar que él ha dejado vacante es de los que no podrán ser llenados en mucho tiempo. Con él se ha extinguido algo que parece difícil volver a encontrar por ahora, algo que más que una calidad es una estatura. En este sentido es verdad que su obra es de otra época. Pero en otro sentido sigue siendo más verdad que nunca que esa obra es la de nuestra época, y que si no se parece exactamente a esta época es porque es lo mejor de ella. Tarde o temprano tendrá que verse claramente que la obra de Thomas Mann es casi lo único que tenemos y que el relativo descuido en que la hemos dejado últimamente se debe tan sólo a que las épocas se interesan más en lo que no tienen que en lo que tienen.

Después de todos los homenajes más o menos concienzudos que su muerte ha provocado, resulta un poco extemporáneo ponerse a escribir un pequeño artículo más bien improvisado, sin releer siquiera previamente algo de su obra ni proponerse divulgar ningún aspecto nuevo de ella. Pero es que hay ocasiones en que hablar de un autor es más un deber para con uno mismo que para con el público, y en que casi no querríamos más que dar fe de una fidelidad, sin más explicaciones. Los que conservan esta fidelidad a Thomas Mann deben de sentir la necesidad de dar fe de ella, porque me temo que se la mantenga actualmente a una respetuosa distancia — que no deja de ser un “segundo término”. Ya sé que su prestigio es de los más indiscutidos, pero tal vez ahí esté lo malo; tal vez muchos hubieran preferido, por ejemplo, que el señor Auerbach, en su célebre *Mimesis*, hubiera arremetido contra él con cierta energía, en lugar de mencionarlo de pasada, relegándolo, en nombre de no se sabe qué preferencias de explorador, al plano de los buenos escritores un poco anticuados y sin mayor importancia.

Me parece, sin embargo, que nuestro siglo sería mucho más triste si no contara con esa obra. Hay épocas en las que podemos interesarnos todo lo que se quiera, pero de las que no podríamos enamorarnos nunca. Puede uno enamorarse de Grecia, de la Edad Media, del Renacimiento; pero me parece (aunque tal vez sea sólo un sentimiento personal) que nadie puede enamorarse por ejemplo del siglo XVIII, a pesar de ser seguramente uno de los más interesantes que existen. Para mí la obra de Thomas Mann es una de las poquísimas que pueden hacer a nuestro siglo capaz de despertar amor. Buena falta le hace ser amado a este siglo que sin duda es ya



THOMAS MANN

terriblemente interesante, demasiado interesante acaso. Sería bien triste que tampoco él tuviera nada más caluroso que ofrecer que Monsieur de Voltaire. Es muy difícil amar a Monsieur de Voltaire, por más que despierte nuestra admiración.

Pero nuestro siglo no es sólo de críticas y desengaños. Nadie puede negarnos que hayamos sido exploradores pertinaces, y hasta un poco vagabundos. Estamos orgullosos de haber recorrido regiones enteras desconocidas antes. Pero no, parece que en ninguna de ellas hayamos fincado verdaderamente, hayamos recogido cosechas suficientes para poder contar de veras con sus riquezas. Y qué poca cosa resultan los renovadores al lado de los verdaderos creadores. Hay artistas que no tienen que extenuarse escogiendo y preparando el lugar que han de ocupar, porque son más grandes que el lugar que ocupan. Mientras que nosotros los de hoy en día buscamos casi todos una ubicación peculiar y calculada que pueda conferirnos una importancia que sin duda no estamos seguros de merecer de otra manera. Que una obra como la de Thomas Mann haya podido arraigar en nuestra época — y es evidente que está bien arraigada en ella — me parece importantísimo. Porque es la demostración de la posibilidad de un arte grande en nuestros días, y de la nobleza de este arte. Cuántas lecciones podríamos sacar de esto en un momento en que la legitimidad y la posibilidad misma del arte torturan en mayor o menor medida a todo el mundo. Thomas Mann nos prueba que es posible, sin renunciar a ser de

esta época, crear un arte de gran envergadura; que es inútil, por supuesto, fingir que ignoramos nuestra famosa crisis y su gravedad; pero que tampoco sirve de nada conocerla si es para asfixiarnos en ella. Su obra es una de las últimas grandes porque es una de las últimas que no nos asfixian. Sin ella sería fácil llegar a convencernos de que nuestra época es totalmente irrespirable, y que todo lo que en ella es lo bastante serio para renunciar a una ilusoria respiración artificial, se condena y nos condena a este angustioso ahogo.

Pero lo que distingue a esta obra de otras importantes de nuestra época es precisamente su salud, su fuerza, su alegría. Es una obra creada alegremente, es decir ni en malsanos encierros ni a la ligera. Una de las pocas en que se siente el vigoroso gusto de crear, de narrar incluso; pero en que este gusto no se hace nunca ni tiránico como una especie de vicio, ni vacío como una especie de halago. Una de esas obras que, como suele suceder con las clásicas, *parecen* hechas por el puro gusto de hacerlas. Porque sin duda no están hechas por puro gusto, pero tampoco con ninguna clase de asco, incluso sutil. Me parece que las obras que con menos escrúpulo llamamos clásicas son aquellas en las que siempre estamos encontrando cosas que parecen ir naciendo dentro de ellas. Mientras que es característico de casi todo nuestro arte el que por debajo de la obra nunca encontremos más que lo que previamente había sido puesto allí. Esto es lo que hace la terrible pequeñez de los “ismos” — la terrible pequeñez de la inteligencia. Aunque sabemos mejor que nunca que estas cosas no son las que dan su valor a una obra de arte, tampoco parecemos capaces de construir esta obra sin tomar como punto de partida — o pretexto, o andamiaje, o hilo conductor — algo que resulta bien triste descubrir al final. Esto es lo que se hace superfluo cuando una obra precisamente no ha sido construida, sino que ha brotado. La armazón que la sostiene no es entonces un andamiaje, sino algo también palpitante, también misterio. Hacemos bien, naturalmente, en tomar precauciones ante el espectáculo de tanta obra hecha en el aire, hecha sin ton ni son; pero echar nuestros cimientos rellenando con material muerto no es evidentemente más que un recurso del que echamos mano a falta de raíces.

Al lado de obras como ésta, todas las demás parecen hechas arañando, pegando, raspando, añadiendo. Pero todo lo que los demás arañan y pegan está naturalmente aquí, como brotado, como nacido espontáneamente; no traído a la obra, sino conjurado por ella. Thomas Mann es en efecto, como se ha dicho, un “mago”, uno de esos escritores cuya prosa parece irnos hechizando incomprensiblemente, como quien no quiere la cosa, sin perder nunca su aspecto inofensivo. Y al mismo tiempo un escritor cargado de extensos y sólidos conocimientos, un verdadero alemán lento y macizo, que de pronto, no sabemos cómo, resulta lo más alado del mundo. Pero este verdadero artífice de la lengua, del estilo, de la inteligencia, del oficio, no confía nunca a sus solas cualidades la justificación de la obra, ni deja que estas cualidades enturbien su luminosidad transparente. Allí está, por debajo de todo eso, la más vasta y sutil gama de intuiciones y de sentimientos, de experiencias y de adivinaciones,

La asombrosa maestría de una novela como *Doctor Faustus* no deja un solo instante de estar al servicio de una milagrosa sabiduría, de un increíble conocimiento de los personajes, de una sobrecogedora intuición de lo diabólico, de una profunda perspectiva sobre la época. Y de tantas otras cosas. La visión deslumbrante del "destino" en todos sus personajes, de esa como melodía de sus vidas, su misterioso y último sentido, es absolutamente única en nuestra época — y en casi todas.

Cuando un artista así desaparece, sen-

timos que nos hemos quedado solos, que estamos en esta tierra un poco más como en el extranjero. Parecía que estando él nos íbamos a entender mejor con este mundo, como cuando al partir para una ciudad desconocida nos anima la idea de que allí vive algún amigo nuestro, aunque no nos lo vayamos a encontrar nunca. En su última novela, *La engañada*, que ahora se hace significativa de una manera impresionante, él nos ha dejado a modo de adiós un verdadero canto a la vida, un verdadero testimonio de fidelidad y de amor a la vida, cuyos engaños, aun

descubiertos, no pueden enfriar nuestro amor, y son incluso abrazados con gratitud en nombre de ese amor. A nadie puede extrañarle que así se despida de la vida un gran artista, un hombre que la ha mirado a los ojos y la ha amado sin remordimientos y sin avaricia, con el único amor que engendra y que engendra hijos verdaderamente naturales. Porque las obras naturales, como la suya, hay que engendrarlas por amor a la vida y no por amor a la obra, pero con la alegría y la entrega con que se tienen hijos de una mujer que amamos.

ARTES PLASTICAS

Por Jorge J. CRESPO DE LA SERNA

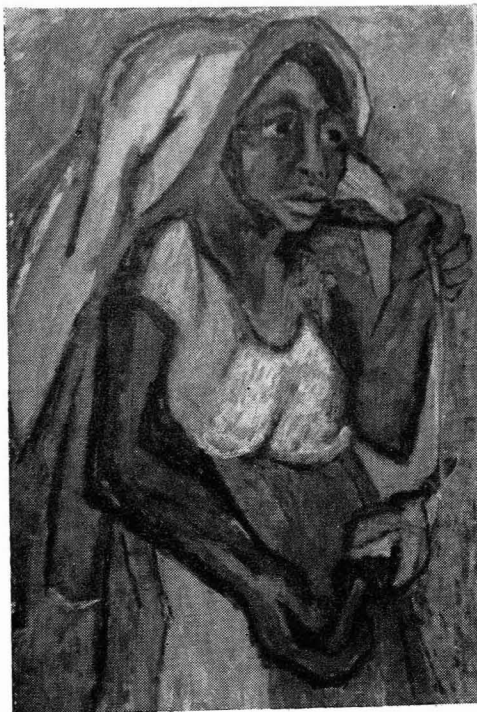
UNA NUEVA PINTORA: BETTY BERNSTEIN

HACE poco más de tres años que esta joven norteamericana, de origen judío, llegó al país. Había ganado, después de sus estudios preliminares de pintura en las academias de rigor, una beca para perfeccionarse. Su destino era San Miguel Allende, donde encastillados en escuelas de "tono", los extranjeros que las frecuentan —con honrosas excepciones— viven lejos de lo realmente auténtico, por más buena voluntad que tengan.

La sensibilidad despierta de esta muchacha y su ardiente vocación la llevaron pronto a desertar de tal ambiente falso, para buscar un acercamiento al arte y a las vivencias más entrañables de México. Sus primeras experiencias en este sentido fueron en la hermosa capital de Guanajuato; continuadas después en prolongadas estancias en pueblos "olvidados" como el de la memorable película de ese nombre que todos conocen.

En ellos, como por ejemplo en uno del valle del Mezquital, en donde ha estado residiendo hasta hace poco, ha podido realizar lo que con gran perspicacia anhelaba, después de ver y estudiar a los muralistas y demás distinguidos pintores nuestros, a saber: conocer al pueblo, sus costumbres, sus penas, sus anhelos ocultos o entreabiertos. Para ella no le ha arredrado la terminación de su beca. Es mujer de recursos y de sencillas necesidades porque antes que nada le interesa vivir la vida en su aspecto más humano y reflejarla íntegra en su pintura. Su jovialidad, su lozanía, su dedicación benedictina al oficio, le han abierto, de par en par, no sólo las puertas sino los corazones de la gente humilde, con la que ha convivido y a la que ha comprendido y quiere.

Su arte se nutre de esas vidas en todas sus diversas manifestaciones. Traía ya antes una buena preparación técnica que ha ido afinando aún más en consonancia con los propios temas escogidos. Su respuesta a los estímulos que le ha brindado el ambiente es una respuesta consciente, cargada de emoción. Se advierte en qué alto grado se halla identificada con la idiosincrasia y el temperamento del mexicano, al contemplar sus cuadros, y cómo, de esa actitud comprensiva y de tierna afinidad simpática le brotan con rara espontaneidad sus motivos plásticos (exposición en la galería Arte Moderno — Paseo de la Reforma 34).



Betty Bernstein. *Mujer del Mezquital*

El color en ella es exuberante y rico. Corresponde fielmente a su temperatura anímica frente a la contingencia mexicana, de la que no saca únicamente pretextos artísticos, sino que ansía expresarla como testimonio saturado de honda significación. Sus figuras de mujerucas y de niños indígenas, sus mineros, sus aldeanos y campesinos, tienen la reciedumbre y el verismo de las cosas que se apoderan del espíritu y lo soliviantan emocionalmente al primer vistazo. Pocos han logrado —como ella— captar con lenguaje original, de mucha expresividad, los rasgos étnicos y los gestos e intenciones de nuestra gente, sin tener que hacer concesiones de una copia exacta de la naturaleza, sino solamente aprovechándola en sus aspectos más salientes, más entrañables, para poder dar de todo ello la esencia plástica en todo su valor.

La composición de estos factores humanos en el campo pictórico es, en ella, casi siempre de un orden rítmico, acaso un tanto inclinada a la plenitud en ocasiones, extremo éste muy natural en quienes acometen los problemas espaciales, sin las luces de una experiencia que sólo el tiempo concede. Los colores casi puros o apenas atemperados en sus tonos delimitan bien los contornos y ejercen unos sobre otros una fuerza vibratoria de

iluminación armónica, bien equilibrada en general. Se nota claramente la euforia con que han sido hechos sus cuadros y dibujos coloreados.

Betty Bernstein es una trabajadora incansable. No pertenece a esa clase de pintores que sólo se aplican a producir esporádicamente, o cuando se presenta la oportunidad de un certamen. Yo que he podido seguir de cerca los pasos de esta novel artista, tan efusiva y cálida, me regocijo de que nos ofrezca ahora una excelente muestra de su cosecha plástica, lograda bajo el sol y el clima humano de esta tierra, inagotable en sus donaciones a quien la ame y comprenda de corazón.

Otro novel artista:
Raúl Gamboa Cantón

En esta misma revista hice un comentario admirativo de una tela que estuvo colgada en la exposición colectiva de inauguración de la galería de la Ciudad de México, o de las pérgolas de la Alameda: El Cenote. Me habían llamado la atención la solidez tectónica del tema, su fidelidad al motivo real, la excelente colocación de capas translúcidas de color perfectamente adaptado al misterio y singularidad del ambiente, la representación de las figuras humanas con todas sus características raciales y su simbolismo arcaico, y el uso armónico de un ritmo espacial de rica sustancia decorativa. Se echaba de ver, enseguida, que el autor de tal cuadro (era de pocas dimensiones) era alguien que tenía años de experiencia. Un retrato frontero, firmado por él mismo, decía de su picardía en la resolución del problema: no era, pues, ni un advenedizo ni un principiante. Si en el retrato se mostraban limitaciones un tanto académicas, con todo se veía que quien lo había hecho sabía dibujar bien y tenía noción de tonalidades cromáticas afines para dar el efecto total deseado. En El Cenote había volcado su albedrío sin cortapisas, y por ende pensé que éste era su verdadero estilo, y no me equivoqué. Veo ahora confirmada mi impresión de su arte en los cuadros (cuatro) que ha enviado para la apertura de una original galería o centro de arte en un rincón del restaurante "Carmel", en la calle de Génova 73, donde también exponen tres artistas jóvenes no muy conocidos aún.

Gamboa irrumpe actualmente en la palestra del arte nacional; antes diversas circunstancias de orden privado, le habían vedado hacerlo, pero hay que saludar su presencia con entusiasmo y simpatía, pues lo que sigue ofreciéndonos ahora en esta pequeña exposición no desmerece en nada de su Cenote arriba analizado, y está en el mismo carácter. Un carácter que participa de varias sugerencias bien aprovechadas y digeridas: formas precolombinas de códices y de estatuaria, espíritu